Esencia del arte de disfrutar

La moderna vida del siglo XXI, una utopía de tendencias efímeras y sociedad obnubilada. Una rutina vital que ahoga nuestras aspiraciones. Todo es ligero, los valores son materiales y el egocentrismo es el objeto supremo. Puede que aún quede un pequeño aliciente que busca saborear pequeñas ilusiones, como el disfrute del arte o la exaltación de lo bello. "Hygge". Así es como los países escandinavos, y más concretamente, Dinamarca, se refieren a una filosofía que termina siendo el motor secreto del real máximo disfrute y plena creatividad y libertad. Copenhague reaviva así los cuentos de hadas, la infancia más risueña, notas de color en los barrios, infinitas rutas por castillos que terminan en la ciudad sueca de Malmö con el olor a café tostado entre las frías brisas marítimas, y el rebose de cultura.

Cada uno de los puntos de encuentro de la ciudad danesa, eran una pista más del secreto del "hygge", de esa felicidad, esa satisfacción indómita. La escultura de bronce de la sirenita comienza mi trayecto, en homenaje al cuento de mismo nombre de Hans Christian Andersen. El símbolo de la historia a orillas del Báltico, que encarna la tristeza de la mujer que renunció a su vida por estar con el hombre que amaba, nos irá acercando poco a poco al centro de Copenhague, a ese núcleo de felicidad vital. Abro mis horizontes y me dejo llevar hasta la encarnación más rococó del arte. La Plaza de Amalienborg recoge en su pavimento al Palacio de Amalienborg. Cuatro altos edificios dispuestos en círculo amparan a rey Frederick V. Este palacio es la residencia oficial de la familia danesa durante los días de invierno.

Quizás sea esta dura estación para el país escandinavo lo que haya conformado la filosofía "hygge". La necesidad de encontrar un lugar reconfortante que permita la lectura de un libro, disfrutar del ruido de la chimenea o apreciar el olor de la lluvia. Esto parecía totalmente utópico para mi percepción hasta que llegué desde el palacio real hasta el barrio de Nyhavn. De la misma forma que el rey Christian V construyó este puerto para la entrada de comerciantes, hoy, se cataloga como una exposición artística libre. Los colores brillantes, su pluralidad cultural y sus pequeñas tiendas artesanales no son más que un museo que acepta toda diversidad cultural, tal y como se mostraba en ese momento con una exposición en honor a los refugiados en Europa. De alguna manera, todos esos comerciantes que llegaban en el siglo XVII, se han materializado en la máximo irradió de sabiduría y cultura hacia el resto de Europa.

Desde la diversidad de cultural, llego a la libertad de pensamiento. La ciudad libre de Christiania es una representación plena del movimiento anarquista que se proclama como una comunidad autogobernada desde 1971. Es el mejor exponente si pensamos en barrios autogobernados. Aun así, ¿tienen un pensamiento egocéntrico? No, están abiertos a todas esas personas que queremos empaparnos de toda corriente de pensamiento para fundar una propio. Christiania tramita en consenso sus actividades y puestos de venta. "Green district" es el nombre con el que se apela al barrio para expresar la permisión de la venta de drogas blandas, además de su consumo. Cierro el círculo al salir del pensamiento anarquista cuando leo un cartel que parece guiarme, donde escriben "You're now entering the EU".

Salgo de este portal el segundo día de mi viaje, y, aparentemente, vuelvo a estar en la Unión Europea. La cabida de corrientes en Copenhague fue más que notable cuando pisé las calles de la Iglesia de Mármol. El estilo barroco de la iglesia luterana proyecta una compleja y a la vez cuidada construcción que sin duda encarna lo que fue el movimiento del protestantismo. Ese mismo día, el guía sugirió que visitásemos la Iglesia de Vor Frelers. Ese altar de mármol blanco se convierte en el más espectacular mirador de toda Europa. De la misma forma de subía en espiral, esta sensación se convertía en una panorámica completa de la ciudad que parecía transformar todas las preocupaciones diarias más nimias, en algo carente de sentido.

Desde el mirador, algo captaba mi atención. Prados verdes y jardines perfectamente cuidados que protegían a una paleta de turquesa y bronce rojizo en el Castillo de Rosenborg. Puede que esta sensación de fantasía justifique que dentro de sus paredes se guarde un museo que repasa la corona danesa desde el siglo XV hasta el siglo XIX. Parecía perderme entre sus preciosos caminos pedregosos, hasta que llegué a un destino intuitivo, la torre redonda, Rundetårn. Puede que no fuese tan espectacular como la vista del Castillo de Rosenborg, pero su especial arquitectura se hacía notar. El segundo día expresaba la necesidad de buscar un punto de rememoración anterior. Es por esto por lo que llegué al Parque Tivoli. Por un momento, toda la diversión y esencia de adrenalina eran contagiosas. En pleno centro de la ciudad, los jardines preciosos y adornados, inspiraban sus atracciones y edificios en diferentes países, como una pagoda o un palacio árabe que se refugiaban entre las acogedoras luces del parque.

El flujo cultural de los países escandinavos llevó a que el tercer día comenzase en una ruta desde Copenhague a Malmö. El puente de Öresund, el más grande de toda Europa, me sumergió en las frías aguas de mar Báltico para ir hasta la ciudad sueca. Allí fue donde dejé impregnarme por un olor a café tostado y páginas de un nuevo libro. El ajetreado paso de la gente no convertía el ambiente en caótico en la Plaza Stortorget, sino que parecía acercarse a ese "hygge" que tanto irradiaban las calles y puestos ambulantes.

Ese mismo día, cuando volvía desde Malmö a Copenhague, el día parecía necesitar de algo más. En los jardines botánicos de la ciudad danesa estaba esa necesidad. Al entrar, parecía que te enamorabas una y otra vez del lugar. Más de 13.000 especies de plantas organizadas según el tipo de paisaje caracterizaban los jardines. Parecía que el síndrome de Stendhal que las personas sufren al visitar Florencia, estaba sucediendo en ese mismo instante. Quizás fuese el "hygge", quizás fuese la paz vital o quizás fuese el flujo cultural que encarna la ciudad, pero en ese momento, todos los lugares y rincones que había visitado parecían reunirse en una única sensación de arte que parecía inexplicable.

El cuarto día, de alguna forma, volvía a esa vida del siglo XXI, llena de compras de souvenirs y fotos rápidas que mostrar a amigos y familia. Allí estaba, en el barrio de Nyhavn, comprando una pequeña bola de cristal que contenía a la emblemática Sirenita. Entonces, la dependienta, deduce que soy una turista y pregunta cómo ha sido mi estancia durante estos días. Al responder, mi tono es triste, ya que hay algo en mí que no quiere abandonar la ciudad. Es en ese momento cuando la

dependienta relata con una sonrisa: “que armonía. Se vive muy bien aquí”. Esta no es la utopía del siglo XXI, esta es la real felicidad.